

El muro



Fernando Paz Castillo



El Taller **Blanco**



Comité editor:

Néstor Mendoza
Geraudí González
Cristian Garzón

© Fernando Paz Castillo
El muro

Diagramación: El Taller Blanco Ediciones
Contacto: eltallerblancoed@gmail.com
Impreso en Bogotá, Colombia, junio de 2019

Fernando Paz Castillo

El muro

Prólogo
Néstor Mendoza



El Taller **Blanco**

COLECCIÓN *Voz Aislada*

CONTRA *EL MURO*
(Cuatro notas sobre Fernando Paz Castillo)

I

Estamos acostumbrados a la fotografía del poeta octogenario, apoltronado, con mirada de sabio o de abuelo severo y culto, con las facciones algo agotadas por la edad y por la acumulación de viajes y de libros. La mano surcada de venas grandes, oprimiendo ligeramente la pierna izquierda. Siempre de traje oscuro, con su corbata negra y su bastón en frente, como si la empuñadura fuese el volante o la palanca de velocidad de un vehículo indefinidamente detenido. Esa fue la postura que eligió don Fernando. Esa fue la imagen que retrató Vasco Szinetar.

II

A pesar de que no es un texto biográfico dedicado al autor, una crónica de Tomás Eloy Martínez nos ofrece un perfil bastante cercano a Fernando Paz Castillo. Me refiero al escrito titulado «Jacinto Fombona Pachano», quien durante su juventud guardó una amistad muy estrecha con el autor de «El muro». Como gran, inconforme entrevistador, Martínez facilita un diálogo fluido y rico en anécdotas que remiten a las primeras dos décadas del siglo veinte caraqueño: «La plaza [Bolívar] era como el patio del hogar, y cuando no acudían a sentarse en las sillas de a locha, o a recorrer juntos las librerías cercanas, sentían que habían perdido para siempre una tarde de la vida. No ir a la plaza era como no escribir: una repentina suspensión de la existencia». Es la representación de los jóvenes de la generación del 18, esperanzados jóvenes que solo podían ofrecer la inteligencia como victoria y el arte como resistencia. En esta misma dirección, José Napoleón Oropeza ofrece un

texto que puede ser leído como prosa poética y como una poética generacional:

«Como el temblor del agua, golpeada, en un instante, por una pequeña laja, forma círculos concéntricos que recordaremos, así como un aletazo a ras del agua, el concepto y realización de la imagen en los poetas de la generación del 18 recoge un sentimiento de paz y serenidad: cada momento fijado pareciera ser el recuerdo de otro y, al mismo tiempo, engendra un movimiento único, solitario e ingenuo, como el del ave que levanta vuelo después de golpear, levemente, el agua».

III

Fernando Paz Castillo nació en Caracas en 1893, durante la presidencia de Joaquín Crespo y el nacimiento de *El Cojo Ilustrado*. No podemos olvidar que, como lector entusiasta, colaborador o integrante, hizo parte de las principales agrupaciones y publicaciones de la época; además de la generación del 18, podríamos mencionar su cercanía filial y literaria con *La Alborada*, el Círculo de Bellas Artes, los del 28 y la revista *Válvula*, en la cual publica el poema «La mujer que no vimos», fechado en 1927.

Su paciente obra poética consta de ocho títulos, pocos pero suficientes para mostrar sus dimensiones. Su primer libro, *La voz de los cuatro vientos*, aparece en 1931; es decir, cuando Paz Castillo ostenta 38 años de edad. A este le siguieron *Signo* [1937]; *Entre sombras y luces* [1945]; *Voces perdidas* [1966]; *El otro lado del tiempo* [1971]; *Pautas* [1973]; *Persistencias* [1975] y *Encuentros* [1980]. Como crítico literario, cuenta con los tres volúmenes de *Reflexiones de atardecer* [1964]; *De la*

época modernista [1968] y *Entre pintores y escritores* [1970]. Es precisamente en esta faceta donde Paz Castillo desarrolla sus principales aportes a las letras nacionales, especialmente como historiador del modernismo en Venezuela. Sus libros de ensayos, casi todos, son compendios de artículos publicados en revistas y diarios, destacando *El Nacional*. Como autor de obras juveniles e infantiles, ofreció dos títulos: *La huerta de Doñana* (teatro, 1969) y *El príncipe moro* (cuento, 1979). En 1965 ingresó como individuo de número de la Academia Venezolana de la Lengua y fue galardonado, dos años después, con el Premio Nacional de Literatura.

Paz Castillo cumplió amplias labores como diplomático en diversas ciudades de América y Europa. Al revisar cualquiera de sus registros biográficos, este «servicio exterior» destaca por su nutrida trayectoria. Inicia con la llegada al poder de Eleazar López Contreras, en 1936, y finaliza veintitrés años más tarde, en 1959. Este recorrido diplomático lo relaciona con otros poetas venezolanos que ejercieron cargos públicos similares (José Antonio Ramos Sucre, Vicente Gerbasi, Pablo Rojas Guardia, Ana Enriqueta Terán, Ida Gramcko o Eugenio Montejo). Era una época, hoy exterminada, de escritores presidentes (como Rómulo Gallegos) y de poetas magistrados, fiscales y contralores (como José Ramón Medina).

IV

No se empeñó en armar libros a corto plazo, dirigidos por una temática preestablecida. Se esforzó en armar «colecciones» de poemas, que siguieron un proceso en el cual se descartaron o se incluyeron textos, siempre de la mano de un riguroso e incluso caprichoso proceso de elección. Este poema sí, este poema no;

este poema se queda en la gaveta, inédito indefinidamente, olvidado, relegado. Así son las selecciones. Por eso, quizás, Fernando Paz Castillo esperó tener casi cuarenta años para ofrecer su primera colección. Y quizá también esperó hasta la década del 60, específicamente hasta 1964, para ofrecer «El muro», su obra más antologada y perdurable. Pero, ¿qué hay detrás de esta ofrenda tardía a la poesía venezolana? Cuando digo que el poeta «esperó», aludo a un trabajo precedente, silencioso, que se vino gestando desde mucho antes de la materialización en libro. Sus poemas anteriores fueron como residuos fósiles que posibilitaron ese petróleo «extra liviano», ese licor destilado que hoy leemos en algunos de sus últimos poemas. Con epígrafe de John Keats, Paz Castillo prepara las primeras herramientas para levantar ese gran muro alegórico y judeo-cristiano; toma el ladrillo y la cuchara con cemento fresco, dispone cada bloque con trazo claro, nítido, vidente, y muy consciente, asimismo, del lenguaje que utilizará en toda la estructura del poema. Parte de la belleza, como veremos, la proporciona el alejamiento: «un zamuro, bello por la distancia y por el vuelo». Y todo, o casi todo, parece estar frecuentado por Dios y sus variaciones:

*Ya que el verbo de Dios, que todo lo ha dispuesto
en la conciencia del hombre, no pudo crear la
muerte
sin morir El y su callada nostalgia
de pensar y sufrir humanas formas.*

En «El muro», nuestro poeta se despoja de expresiones débiles, prescindibles, accesorias, tan peligrosamente comunes en varios de sus poemas. Sin llegar a tener el implacable rigor

selectivo de Rodolfo Moleiro, su compañero de generación, Paz Castillo ofreció un lenguaje que lo distingue. Como ya ha destacado Oscar Sambrano Urdaneta, «Paz Castillo estableció un paralelismo artístico entre elementos de la naturaleza objetiva y elementos de su naturaleza anímica». Esta tendencia espiritual o puente metafísico recorrió toda la espina dorsal de su producción poética; es decir, no solo era el interés de indagar en un paisaje visto, percibido, sino el empeño de buscar hacia adentro, hacia esas zonas profundas y pobremente exploradas. Este recorrido temático lo delinea muy bien el propio Sambrano Urdaneta, cuando señala que este camino «parte del paisaje y evoluciona hacia contenidos abstractos: Dios, el alma, la muerte, la soledad».

La influencia de Paz Castillo se puede trastear en otros poetas de distintas generaciones. Citemos, para ejemplificar, unos de sus versos: «Hay un perfume que solo se siente en las noches claras». Esta misma cadencia y estructura la notamos, con o sin premeditación, en unas líneas aforísticas de Rafael Cadenas: «Hay una isla que solo ven los ojos nuevos». Así ocurre con otros poemas del poeta nacido en Barquisimeto, en los cuales aparecen unos órganos favorecidos, bien sea percibiendo un aroma o avistando algún territorio recóndito y de acceso privilegiado. Paz Castillo fue, constantemente, agricultor de la claridad, de la búsqueda de lo profundo con guantes blancos o claroscuros, delicados, leves, y, en algunos casos, bordeando arriesgadamente lo superficial («el silencio se nos fue/pisando los algodones»). A veces extrañamos, al tener la manzana entre los dedos, el mordisco firme; a veces nos gustaría hacer algo más que frotar ligeramente la superficie roja e irregular.

El muro

*Beauty is truth, truth beauty, that is all
Ye know on earth, and all ye need to know*

JOHN KEATS

I

Un muro en la tarde,
y en la hora
una línea blanca, indefinida
sobre el campo verde
y bajo el cielo.

II

Un pájaro -en hoja y viento-
ha puesto su canción más bella
sobre el muro.

III

Enlutado de su propia existencia
-detenida entre su breve sombra
y su destino-
un zamuro, bello por la distancia y por el vuelo,
infunde angustia en el alma profeta:
una fría angustia, cuando
certero, como vencida flecha
-oscura flecha que aún conserva su impulso inicial-
cae tras el muro.

IV

La vida es una constante
y hermosa destrucción:
vivir es hacer daño.

V

Pero el muro,
el silencioso y blanco muro
parece que nos dice:
«hasta aquí llegan tus ojos,
menos agudos que tu instinto.

Yo separo tu vida de otras vidas
pequeñas; pero grandes cuando el ocaso,
el oro insinuante del ocaso llega».

VI

Acaso tras el muro,
tan alto al deseo como pequeño a la esperanza,
no exista más que lo ya visto en el camino
junto a la vida y la muerte,
la tregua y el dolor
y la sombra de Dios indiferente.

VII

Dios -muro frente a recuerdos y visiones-
está solo, íntimamente solo
en nuestros ojos
y en el menudo nombre
que lo ata a las cosas;
a la seda del canto del canario
fraterno
y a la noche que vuela en el zamuro:
fúnebre, pulido estuche de cosas ayer bellas
o tristes
que habrán de serlo nuevamente
del lado acá del muro,
con el temor reciente de volver al origen.

VIII

¿Morir?...

Pero si nada hay más bello en su hora

-frente al muro-

que los serenos ojos de los moribundos,

anegados por su propio silencio;

perdido ya, por entre frescas espigas encontradas,

el temor de morir,

y de haber vivido, como hombre, entre hombres,

que apenas -oscurecidos en su existir-

los comprendieron.

IX

Entonces el muro
parece allanarse entre el olvidado rencor
y la esperanza:
Es súbito camino, no límite de sombra y canto,
ante un nuevo Dios que nos aguarda
-que nos aguarda siempre-
y no conoceremos
a pesar de que marcha en nuestras huellas;
que nos llega de lejos,
del lado de la luz,
y que vamos dejando en el camino,
como algo, que no es tierra,
atado, sin embargo, a nuestros pies.

X

El muro en la tarde,
entre la hierba, el canto y el fúnebre vuelo:
presencia del dolor de vivir
y no morir;
consuelo de volver, en tierra y oro,
con la inquietud de haber sido;
polvo y oro que regresa eternamente,
como la muerte cotidiana,
bajo el granado trigal de la noche insomne,
rumorosa de viento alto
y de luceros.

El sediento corazón siente leticia:
el corazón y las queridas, tímidas palabras
huelen, como el muro en la tarde,
a cielo y tierra confundidos,
cuando el morir es cosa nuestra
y, como nuestro, lo queremos.
Lo queremos pudorosos,
en silencio, sin violencias,
mientras los otros temen -aún distantes-
la sensitiva soledad naciente
para el hombre, no humano, y su destino
confuso.

XI

Porque no hay muerte sino vida
del lado allá del canto, del lado allá del vuelo,
del lado allá del tiempo.

XII

Vaga intuición de perdurar
frente a la muerte ambicionada
y oscura...

Porque la muerte, imagen de nosotros
y criatura nuestra,
es distinta a la no vida
que jamás ha existido.

Ya que el verbo de Dios, que todo lo ha dispuesto
en la conciencia del hombre, no pudo crear la muerte
sin morir El y su callada nostalgia
de pensar y sufrir humanas formas.

XIII

El muro de la tarde -atardecido en nuestra tarde-,
apenas una línea blanca junto al campo
y junto al cielo.

Misteriosa cruz que sólo muestra
su brazo horizontal.

Unida, por la oscura raíz,
a la tierra misma de su origen confuso;
y al cielo de la fuga
por el canto y el ala:
la noche impasible del zamuro
y el camino de oro del canario
hacia el ocaso.

XIV

¡El muro!
Cuánto siento y me pesa su silencio
-en mi tarde-
en la tarde del musgo
y la oración
y el regreso.

XV

Sólo sé que hay un muro,
bello en su calada soledad de cielo y tiempo:
y todo, junto a él, es un milagro.

XVI

Sólo temo en la tarde -en mi tarde- de oro
por el sol que agoniza; y por algo, que no es sol,
que también agoniza en mi conciencia,
desamparada a veces
iy a veces confundida de sorpresas!
Sólo temo haber visto algo:
¡lo mismo!
el campo, el césped;
la misma rosa sensual que recuerda unos labios
y el mismo lirio exangüe
que vigila la muerte.

XVII

Y sólo siento frente a Dios y su Destino,
haber pasado alguna vez el muro
y su callada espesa sombra,
del lado allá del tiempo.

Fernando Paz Castillo

Caracas, Venezuela, 1893-1981

Poeta, crítico literario, diplomático y educador. Es considerado uno de los principales representantes de la Generación de 1918, además de miembro fundador del Círculo de Bellas Artes. Su primer libro se titula *La voz de los cuatro vientos* (1931). En 1959 se retira del servicio exterior y vive de forma definitiva en Caracas. Aprovecha ese tiempo para colaborar en periódicos y revistas literarias, escribe numerosos y densos prólogos, también publica libros de poesía y de crítica literaria. Ingresa como individuo de número en la Academia Venezolana de la Lengua en 1965 y recibe el Premio Nacional de Literatura en 1967.



COLECCIÓN *Voz Aislada*